5948

Juan de Suavia

Antonio GARCIA-

14

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA
TICA Y DIPLOMATICA
desde la independencia
Estados Unidos hasta nuestros dias
(1776-1895)
POR
N JERÓNIMO BECKER

ra, que acaba de ponerse á la venta,
en amplio y fiel extracto los principales
examina con imparcialidad la historia
señala sus defectos y expone con minu-
alles lo referente á las relaciones exte-
España, siendo, por tanto, de gran inte-
onocer de un modo exacto el aspecto
co de la cuestión cubana.
o en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN
DE LAS
E LOS REINOS DE LAS INDIAS
mandadas imprimir y publicar
POR
JESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la
dias del Tribunal Supremo de Justicia,
obación de la Regencia provisional del

omos en folio, 50 pesetas.

IÓFILOS ESPAÑOLES

completa de todos los tomos publi-
a sociedad, de que se hallan la ma-
tados.
dos 38 tomos en 4.º—Precio, 900

tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA
GUÍA DESCRIPTIVA
DEL REAL
MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO
DE
SAN LORENZO DE EL ESCORIAL
ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por
Juan Noguera Camoccia
Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO
DICCIONARIO DE LA RIMA
ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por
D. Juan Landa.
Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN
Tratado completo de Cocina
AL ALCANCE DE TODOS
Y
APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por
Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.
Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

JUAN DE SUAVIA,

DRAMA

EN CUATRO ACTOS

Y EN PROSA.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1841.

PFRSONAS.

ALBERTO DE HAUSBOURGO, *emperador.*
VERENA, *su esposa.*
JUAN DE SUAVIA, *bajo el nombre de* RODOLFO.
CONRADO.
LEOPOLDO..
BERINGUER.
WALTER.
WERNER.....
(LEOPOLDO, BERINGUER, WALTER, WERNER: *hijos del emperador.*)
ANNELI.
EL BAILÍO DE SARNEN.
HARMANT.
ROBERTO.
ZAGHELI.
UN CAPITAN DE ARQUEROS.
UN HOMBRE DEL PUEBCO.
UN JUDIO.
UN PAGE.
UNA MUGER.
Pueblo, soldados, cortesanos, &c.

La escena es en Helvecia (hoy Suiza), año de 129....

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ADVERTENCIA.

Este drama, si bien no puede llamarse original, está mas lejos aun de ser una traduccion. Solo los que conozcan su origen, podrán juzgar del ímprobo trabajo y las dificultades casi insuperables con que hemos tenido que luchar, á fin de darle la forma mas adecuada á la escena.

Antonio Garcia Gutierrez. *Isidoro Gil.*



612414

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/juandesuaviadram20414garc



Acto primero.

Una plaza de Sarnen: á la izquierda, el castillo real, cuyas ventanas estarán iluminadas por dentro. En medio de la plaza habrá porcion de grupos de gente del pueblo.

ESCENA PRIMERA.

EL BAILÍO, *y habitantes de Sarnen.*

Bailío. Es verdad! es verdad! nuestros males crecen cada dia, y solo la clemencia divina puede remediarlos. Vosotros habeis visto arrancar de vuestro seno una de las mas ricas joyas de Sarnen; Anneli, la perla de las montañas! mañana nos arrebatarán nuestras hijas y nuestras esposas! Oh vergüenza! Helvecia desdichada!

Una muger. Tal vez mañana te robarán á tí, mi única hija, y tus hermanos no se atreverán á defenderte, porque nuestros abuelos nos han legado la infame herencia del sufrimiento y la esclavitud.

Bailío. Teneis razon en lamentaros y en maldecirnos: no es de hombres consentir tamaño envilecimiento.

ESCENA II.

DICHOS. ROBERTO, *sale del castillo.*

Bailío. Qué nuevas nos traeis, padre Roberto?

Roberto. Rogad á Dios, hijos mios!

Bailío. El emperador no ha querido oir las súplicas de su pueblo?

Roberto. El emperador no oye mas que el rumor de los festines que noche y dia le embriagan de placer.

Bailío. En ese caso nuestra desgracia no puede remediarse?

Roberto. Dios solo tiene ese poder, y si es su voluntad, un solo hombre.

Bailío. Y ese hombre, quién es?

Roberto. No está en Sarnen, ni aqui tuvo su cuna.

Rodolfo. (*Canta dentro.*)

Pescador, por tu existencia
diera mi corona y ciencia
y arrostrara la violencia
de las ondas de la mar...

Un hombre. Quién canta de esa manera, cuando los demas lloran?

Rodolfo. (*Canta.*) Y abandonando contento
mi vela al azar y al viento,
dejara mi pensamiento
por los espacios volar.

Bailío. Maldito sea el que rie de las lágrimas de sus hermanos!

ESCENA III.

LOS MISMOS *y* RODOLFO, *en trage de montañes, con su largo espadon ceñido.*

(*Al entrar en la escena dirige una mirada de tristeza y admiracion á los grupos.*)

Rodolfo. Dios salve á la Helvecia!

Roberto. Tú aqui, hijo mio! Sin duda es la Providencia la que te envia.

Rodolfo. Qué decís!

Roberto. No sabes el nuevo acontecimiento que ha acabado de aumentar nuestra amargura, que ha puesto el colmo á nuestra infamia?

Rodolfo. Sí, ya sé que el príncipe Leopoldo, hijo de nuestro poderoso emperador, ha arrancado de su casa con violencia á una doncella libre, hija de ciudadanos. No es esto todo lo que queriais decirme?

Roberto. Despues de tanta miseria y servidumbre, despues de tantos ultrages como esos nobles caballeros han derramado sobre nuestras cabezas, pródigos de insultos y de amenazas, no crees que ese nuevo crimen sea bastante para desbordar nuestra cólera? Pero no tenemos para es-

to mas esperanza que tú. Mira, todo ese pueblo desdichado, que espera de tí su salvacion, te ruega que levantes tu brazo contra la tiranía feudal.

Todos. Sí, sí.

Rodolfo. Viejo, conoces tú á mi padre? (*A un anciano.*)

Viejo. No.

Rodolfo. Conoces tú á mi madre? (*A una muger.*)

Muger. No, señor.

Rodolfo. Eres tú mi hermana? (*A una joven.*)

Muger. No.

Rodolfo. En ese caso, qué es lo que pretendeis de mí? (*Al quererse alejar del pueblo, se le interpone el Bailío.*)

Bailío. Cualquier árbol que debiendo dar fruto, sea estéril, será cortado. Todo hombre que pudiendo hacer bien, no lo hace, es culpable con Dios y con sus hermanos.

Rodolfo. Y con qué derecho, decidme, os atreveis á culparme?

Bailío. Los desgraciados han pedido vuestro socorro, y vos se lo habeis negado. Decidme que no es mal hecho.

Rodolfo. Eso es hablar como hombre; pero, quién sois vos? quién creeis que soy yo?

Bailío. Yo soy el bailío de Sarnen. En cuanto á vos, no sé quien sois, pero no por eso me arrepiento de haberos dicho mi opinion.

Rodolfo. Sin duda tendreis vuestra casa en Sarnen? acaso teneis propiedades en la comun?

Bailío. Sí; aquí tengo mi casa y mi heredad.

Rodolfo. Teneis alguna hija?

Bailío. El cielo me ha concedido una sola, pura y hermosa, que es el consuelo de mi vejez, y que acaso me robarán mañana los opresores de nuestra tierra.

Rodolfo. Me habeis dicho quien sois, y es justo que os haga la misma confianza. Yo soy un hombre sin patria, sin familia y sin nombre. Mi morada son las montañas de Unterwaldem, donde tengo un fuerte castillo capaz de tener á raya á todos esos nobles orgullosos, que como águilas se arrojan sobre los valles desde sus nidos almenados. Los hijos de la montaña, me reconocen por su rey, bien que este imperio no os deba parecer sino muy efimero y deleznable. El emperador Alberto me ciñó la espada, cuando por halagar el orgullo de sus nuevos esclavos ennobleció y armó caballeros á cuatro hombres

por cada comun. Mi padre espiritual, que está presente, puede deciros si todo esto es asi como os lo digo. Me habeis espresado vuestro pensamiento, y voy tambien á revelaros el mio. A mí, que soy aqui desconocido, y en todas partes estraño, me acusan de cruel, y quién sabe si de cobarde, porque no consagro mi vida y mi sangre á la defensa de un pueblo que no es el mio. Vos, señor Bailío de Sarnen, que teneis vuestra casa y vuestras heredades y vuestra única hija, á disposicion de vuestros tiranos, de qué quereis que os acuse cuando os veo sufrir resignado, no ya la agena, sino la propia ignominia? cuál es el nombre que debo dar á vuestra conducta? obrais vos como valiente?

Bailío. Antes de que sucumbiesen bajo el yugo de la casa de Austria, los hijos de Helvecia disputaron valientemente su independencia á los alemanes. En toda esta larga série de gloriosas victorias y de sangrientas derrotas tuve una buena parte, y mis casas incendiadas, y mis hermanos muertos en mis brazos, heridos por el hierro aleman, lo testifican sobradamente. Nada os diré de mis hondas cicatrices, señales perpétuas de mi valor; pero sí os diré que en la batalla de Uri, en el dia mas desgraciado de nuestra historia, al ver que cedia el ala que yo mandaba, todo el ejército esclamó: «German ha muerto!» No estaba mas que herido, pero habia perdido el conocimiento. Decidme ahora, creeis que ha sido mi conducta la de un cobarde?

Rodolfo. Perdonad, buen anciano! habeis vivido en una época feliz! (*Volviéndose al pueblo.*) Pero todos esos hombres que nada han hecho por su patria, que no hacen nada por sí mismos, qué podrán responderme? Veamos, qué me pedís?

Un hombre. Proteccion, señor!

Rodolfo. Es cosa nueva, por vida mia, ver á un pueblo pedir proteccion á un estrangero que no conoce! Y cuando de tal modo os humillais, no teneis presente que el cielo es testigo de vuestra cobardía! y no os petrifica la vergüenza! Hasta ahora os habia tenido por hombres, pero me he engañado neciamente. Ah! ved ahí, padre mio! (*A Roberto.*) En todo ese pueblo no hay otra cosa que brazos para implorar misericordia, y ojos para llorar desdichas; pero.... qué ha hecho Dios de los corazones? Es

verdad!... Vuestros abuelos han muerto, y con ellos su valor y constancia. En vez de esos hombres de hierro que no sabian mas que rezar, batallar y morir, nos ha quedado este pueblo espúreo, que se fatiga con el peso de la armadura, y pretende recobrar su libertad con la fatiga y el peligro ágeno. En vez de ese coloso de bronce que se llamaba Helvecia, no ha quedado otra cosa que un miserable monton de aldeas donde los alemanes tienen encerrados sus siervos para escoger entre ellos sus lacayos ó sus mugeres.

Roberto. Ten piedad de la Helvecia, hijo mio!

Rodolfo. Qué me importa á mí este pais de esclavos, que tan vilmente sufre su ignominia, y de tal modo se doblega bajo el azote de su dueño?

Un hombre. Tiene razon; ya es harto vilipendio, y no debemos vivir asi por mas tiempo.

Rodolfo. (*Volviéndose.*) Por fin oigo entre vosotros uno que se acuerde de que es hombre. Toma cuanto sobre mí llevo, tú que hablas de ese modo. (*Le da un bolsillo; en seguida saca la espada y se la presenta al pueblo.*) Y mi espada?... quién de vosotros la quiere? (*Silencio.*) Ninguno. (*La rompe y la arroja.*) Ah! sois indignos de haber nacido en Helvecia! Cuando un pueblo desea la abundancia se apresura á surcar la tierra con el arado, cuando desea libertad solo la alcanza surcando la tiranía con la punta de la espada. Pero si ese pueblo se falta á sí mismo, y olvidando todo sentimiento de honor é independencia, lleva con resignacion la servidumbre y la vileza, deber es del ciudadano esforzado y virtuoso concitarle á conquistar su perdida libertad. Hé ahí lo que yo he intentado; habeis desatendido mi voz. El cielo tenga piedad de vuestra patria, porque sus hijos son incapaces de salvarla. Yo no quiero vivir entre esclavos y sabré hacer respetar mi derecho desde las almenas de mi castillo. (*Va á retirarse.*)

Un hombre. No, no, deteneos. Guerra á nuestros opresores! Muera el tirano!

Todos. Muera!

Bailío. Silencio, insensatos; no agraveis nuestros males por una imprudencia. La sedicion es un crimen y una impiedad. Retiraos á vuestros hogares y no atraigais sobre vuestras cabezas la cólera del emperador.

Rodolfo. Y sois vos el bailío de Sarnen, encargado de la conservacion de los antiguos privilegios, quien se atreve á hablar de ese modo?

Bailío. Aborrezco la tiranía como hijo de la Helvecia, y combatiré si llega el caso por conservar ilesos nuestros antiguos derechos; pero he jurado obediencia al emperador Alberto, y todos los habitantes de Sarnen deben obedecerle como yo, porque la ley asi lo ordena. En nombre de la ley os intimo que os retireis á vuestras casas, y que no recurrais á la violencia ni á la suerte de las armas antes de haber apelado á la justicia del emperador, en la forma que por derecho nos está concedida.

Roberto. Obedeced, hijos mios, y encomendad á Dios la salvacion de nuestra causa. (*Vanse todos seguidos del Bailío.*)

ESCENA IV.

ROBERTO. RODOLFO.

Rodolfo. (*Pensativo.*) Aun circula por esas venas la sangre generosa de los nobles hijos de Helvecia. Oh! si el cielo me hubiese concedido poder dar la libertad á ese pueblo desgraciado! (*Llamando.*) Zagheli, Zagheli.

Zagheli. (*Saliendo.*) Qué mandais, señor?

Rodolfo. Ve á buscarme una espada y traémela á este sitio. (*Zagheli hace una señal de asentimiento con la cabeza y vase.*)

Roberto. Piensas tener que servirte de ella?

Rodolfo. No, padre mio; pero un caballero sin espada es lo mismo que un cuerpo sin alma.

Roberto. Escucha, Rodolfo. Dijiste hace poco que desearias que el cielo te hubiese destinado para protector y salvador de este pueblo desgraciado. Ahora te se presenta la ocasion de serlo. Nuestras franquicias y privilegios autorizan que cualquier caballero pueda defender á riesgo de su vida la causa popular, con tal que de antemano hubiese jurado estar puro de todo crimen. Preséntate mañana delante del emperador y de su corte, y proclámate alli defensor de los privilegios de Helvecia, atropellados por el rapto de una joven, hija de padres libres. Diles tu nombre y arrójales tu guante. Al oir el uno na-

die se atreverá á levantar el otro, como no sean los licenciosos hijos del emperador Alberto.

Rodolfo. Bien está, padre mio; combatiré por la conservacion de los antiguos derechos de este pueblo, que no es el mio, pero cuyas desgracias me han hecho interesar por él.

Roberto. Joven noble y generoso! Ah! si me fuera permitido revelarle.... (*Aparte.*)

Rodolfo. Antes quiero sin embargo, daros á conocer las ocultas penas que me atormentan, y la violenta pasion que me agita. Al pie de la gigantesca montaña que sustenta mi castillo, en el pintoresco valle de Schwitz, vivia una tierna joven con su anciana madre; yo tuve la dicha de verla una tarde, cuando me retiraba de la caza. Era hermosa como una estrella, y pura como una flor. Volví á verla otras muchas tardes, no ya por casualidad como la primera, y cada vez regresaba á mi castillo mas prendado de ella. Ambos nos amamos sin saber quiénes éramos, y sin podernos hablar nos lo dijimos.—Una tarde dejé de verla, llamé á su puerta pretestando hallarme fatigado y no respondieron; averigué y supe que madre é hija habian desaparecido aquel mismo dia, sin que nadie pudiese informarme de los motivos de su desaparicion, ni del punto adonde se habian dirigido. Solo, sin amor, sin famila, sin amigos, mi aislamiento y soledad me parecieron desde aquel dia mas insoportables que nunca. Resolví bajar á aturdirme con el bullicio de las ciudades; reuní todo el oro de mis conquistas, y me despedí de mis esforzados montañeses que se apartaron de mí con las lágrimas en los ojos y llenándome de bendiciones.—Apenas hará un mes de esto y la pura y sagrada llama que ardía en mi pecho, se ha trocado en un amor violento y mundano. Temo, padre mio, amar á otra muger, cuyo nombre ignoro, y cuyo cariño me aterra, porque tengo el presentimiento de que ha de ser para mí un germen fecundo de peligros y desgracias.

Roberto. Combate, hijo mio, èsa pasion terrible que á tí mismo te asusta; lucha con vigor contra las olas tempetuosas y saldrás triunfante de la corriente que te arrastra.

Rodolfo. Plegue al cielo que asi suceda, padre mio!

ESCENA V.

DICHOS. UNA DAMA, *cubierta con un velo.*

La dama. (*Desde una ventana del castillo.*) Caballero!
Rodolfo. Me parece haber oido una voz que me llamaba.
Dama. Caballero Rodolfo!
Rodolfo. Han pronunciado mi nombre! (*Mirando á lo alto.*) Una dama! Aqui estoy para lo que gusteis, bella señora. (*La dama encubierta se retira de la ventana.*) Padre mio, dejadme solo: el misterio que ha empleado esa tapada, da á entender claramente que quisiera hablarme sin testigos.
Roberto. Me retiro, pero guárdate de alguna traicion, Rodolfo. Si me necesitas, mandarás que me busquen en casa del campanero de san Salvador.
Rodolfo. Gracias, padre mio. (*Vase Roberto.*)

ESCENA VI.

RODOLFO. LA DAMA ENCUBIERTA.

La dama. (*Saliendo del castillo.*) Estais ahí, caballero?
Rodolfo. (*Acercándose.*) Pronto á serviros en cuanto mandeis, señora.
La dama. Hace tres dias que he sido arrebatada de los brazos de la anciana que me servia de madre, por las gentes del príncipe Leopoldo, y conducida á ese castillo donde tal vez hubiera sido deshonrada, si la Providencia no me hubiese protegido. El emperador Alberto ha dado esta noche un suntuoso banquete á los principales caballeros de su corte, y las gentes del castillo queriendo imitar la conducta disipada de sus señores, estan en este momento entregados á una espantosa orgía. He logrado evadirme á favor de la confusion, y os he llamado desde esa ventana, porque os conozco y espero que me protegereis.
Rodolfo. Habeis hecho perfectamente, señora. Estais desde este momento bajo la salvaguardia de mi honor. Cogeos de mi brazo.
La dama. (*Tomando el brazo.*) Partamos. (*Oyense dentro risotadas y ruido de gentes.*) Oigo venir gente.

Rodolfo. Nada temais.
La dama. Tiemblo que me conozcan.
Rodolfo. Serenaos, y no os detengais, señora. (*Encamínanse hácia la calle inmediata al castillo.*)

ESCENA VII.

DICHOS. WALTER, WERNER *y* BERINGUER, *que salen del castillo.*

Valter. (*Algo alumbrado.*) Quién va?
Rodolfo. Yo!
Beringuer. Y quién es yo? (*Alegre tambien.*)
Rodolfo. (*Siguiendo adelante.*) Yo!
Valter. Alto ahí. (*Cerrándole el paso.*)
Rodolfo. Caballero!
Verner. (*Cogiendo del brazo á la muger.*) Oye, oye, Valter, tapada tenemos.
Beringuer. Tapada! Veamos. (*Se acerca.*)
Valter. Niña del manto, no se pasa sin pagar tributo.
Rodolfo. (*Empujándole.*) Ved, señores, que esta dama se halla bajo mi salvaguardia.
Beringuer. (*Riendo.*) Oh! oh!
Rodolfo. Llegarla á ella es llegar á mi honor.
Verner. Uf!
Beringuer. Cuidado no se enoje el guapeton!
Valter. Hola! ballesteros, sacad luces para que veamos quién es el atrevido que habla tan alto.
Rodolfo. Abrid paso, ú os abriré yo el corazon, señores.
Valter. Inténtalo y eres muerto; yo tambien vengo armado.
Rodolfo. (*Queriendo echar mano á la espada.*) Ah! maldicion sobre mí! no tengo espada. (*Descúbrense luces dentro.*)
La dama. (*En voz baja.*) Soy perdida!

ESCENA VIII.

DICHOS. LEOPOLDO. BALLESTEROS, *con luces.*

Leopoldo. Qué es esto?
Valter. Un buen encuentro que hemos tenido.
Leopoldo. (*A la dama.*) Qué veo! Sois vos, señora! Vos aqui! De este modo se guardan las puertas del castillo real!

La dama. (*A Rodolfo.*) Por piedad protejedme.

Rodolfo. Una espada! una espada! Si sois caballeros me dareis una espada con que abrirme paso y defender á una muger.

Valter. (*Queriendo sacar la suya.*) Tómala, pues.

Leopoldo. (*Deteniéndole.*) Estás loco, Valter? Dar tu espada á un desconocido para defender á la que acaba de evadirse del castillo de su señor?—Guardias, arrancad á esa joven de las manos de ese miserable.

Rodolfo. Deteneos! Sois mas de diez hombres (*Los guardias se acercan.*) armados contra uno sin armas. La resistencia contra vosotros seria una locura, y contra vuestros criados, una mengua. No quiero esponer mi dignidad á vuestros insultos, ni esta dama á vuestras tropelías. Soltad mi brazo, señora, es inútil para defenderos. (*La dama suelta el brazo y se deja llevar por las gentes de Leopoldo.*) Ahora, señores, quiero deciros que sois indignos de llevar el nombre de caballeros, y que cuando tal conducta observais con los hombres indefensos y con las damas, no podeis menos de ser mas viles que el verdugo y mas cobardes que un ladron.

Leopoldo. (*Lanzándose á él con la daga levantada.*) Insolente!

Rodolfo. (*Inmovil.*) Sí, viles y cobardes!

Leopoldo. (*Deteniéndose.*) Pero, qué es lo que veo? Este es el temible rey de las montañas, armado caballero por sus rapiñas.

Valter. Sí, ese bandido á quien el emperador concedió feudo para que los montañeses se sometiesen á la proteccion de los condes de Hausbourgo. El buen hombre se da vida de príncipe, y quiere alcanzar nuevos privilegios escitando el pueblo á la sedicion.

Beringuer. Mas le valiera buscar su padre entre los mendigos de la ciudad, una vez que es bastardo.

Rodolfo. (*Siempre inmovil.*) Seguid, seguid, señores; yo os prometo que sereis pagados con creces.

Leopoldo. Pagados! Toma mi bolsa, truan; puedes hacerte cuenta de que me la has robado.

Rodolfo. Gracias.

Valter. Ahí tienes ese ramillete de cortesana para tu querida, rufian.

Rodolfo. Sois muy generoso. (*Con sarcasmo.*)

Beringuer. (*Quitando un gorro amarillo á uno de los criados.*) Ahí tienes una corona para tu padre, si le encuentras algun dia; es un gorro de judío. (*Se le tira á los pies.*)

Rodolfo. Mil gracias.

Leopoldo. Estás contento ahora?

Rodolfo. Sí.... no deseo mas que una cosa.

Leopoldo. Cuál?

Rodolfo. Saber vuestros nombres.

Leopoldo. Nada mas facil.... Yo me llamo Leopoldo.

Rodolfo. Y tú?

Valter. Valter.

Rodolfo. Y tú? (*A Beringuer.*)

Leopoldo. (*Interrumpiéndole.*) Imbécil, no te canses en averiguar á todos nuestro nombre; cuando necesites una leccion ó una limosna ven á pedírsela á los hijos de Alberto de Austria! Dejemos á ese hombre, hermanos mios! (*Vuelven á entrar en el castillo.*)

Rodolfo. Los hijos del emperador Alberto!

ESCENA XI.

RODOLFO. ZAGHELI.

Zagheli. (*Trayendo la espada.*) Señor, aquí teneis vuestra espada.

Rodolfo. (*Tomándola.*) Mi espada! Ah! vienes tarde.... Trae, sin embargo. Entraré á buscarles hasta su misma estancia. (*Corre á la puerta del castillo y la empuja inútilmente.*) Cerrada! ah! han tenido buen cuidado en cerrarla!... No podré saciar mi venganza en esa gente!... Oye Zagheli.

Zagheli. Ya os escucho, señor.

Rodolfo. Corre á casa del campanero de San Salvador y di al P. Roberto que venga aqui al punto.

Zagheli. Voy á obedeceros.

Rodolfo. Anda.... date prisa. (*Vase Zagheli.*)

ESCENA X.

RODOLFO, *solo.*

Ah! hijos de Alberto! raza de inicuos y tiranos! raza de libertinos y cobardes! yo os haré ver ahora que no se arranca impunemente una muger de mi brazo, que no se atenta impunemente contra mi honor. Dios es testigo de que yo no os he provocado... Me habeis llamado bastardo, me habeis tratado de mendigo, de ladron! Os juro que os he de robar, pero no ha de ser la bolsa, sino la vida; iré á pediros limosma, caritativos señores, pero me habeis de dar vuestra cabeza.

ESCENA XI.

ROBERTO. RODOLFO.

Roberto. Aqui estoy, Rodolfo; qué me quieres?

Rodolfo. Padre mio, las leyes permiten que cualquier caballero defienda, á riesgo de su vida las causas populares, con tal que jure estar puro de todo crimen; no es esto lo que me habeis dicho hace poco?

Roberto. Eso mismo.

Rodolfo. No me habeis dicho tambien que nadie se atreveria á levantar el guante de Rodolfo, á escepcion de los hijos del emperador?

Roberto. Tambien lo he dicho.

Rodolfo. Y creeis vos que eso suceda?

Roberto. Estoy cierto de ello.

Rodolfo. Entonces, padre mio, id á decir al bailio de Sarnen que un caballero se presentará mañana ante el emperador á reclamar la conservacion de los privilegios y franquicias de los hijos de Helvecia, atropellados por el príncipe Leopoldo, y combatir á muerte con los que se atrevan á aplaudir su conducta.

Roberto. El cielo te proteja y recompense tu noble esfuerzo, hijo mio!

Rodolfo. Como prenda y señal de combate entregareis al bailío mi guante de batalla, y que vuestra maldicion y la suya caigan sobre mi cabeza, si no hago lo que he di-

cho. (*Vase Roberto.*) Ahora, nobles príncipes, quiero velar á vuestra puerta.... (*Recuéstase sobre un arbol frente al castillo.*) Velaré hasta la misma hora del reto por miedo de que alguno de vosotros se me escape. (*Ruido de tempestad á lo lejos.*) La tempestad se deja sentir á lo lejos.... dentro de poco oiremos su atronadora voz sobre nuestras cabezas.... tanto mejor, asi tampoco descansareis vosotros, y mañana veremos qué es lo que hace palidecer mas á un hombre, la rabia ó el miedo.

ESCENA XII.

RODOLFO. VERENA.

Verena. (*Sale del castillo pálida, desmelenada y como perseguida de alguna vision horrible.*) Perdon! piedad!

Rodolfo. Qué gritos son estos?

Verena. (*Retrocediendo siempre con ademan de horror.*) Dejadme! dejadme!

Rodolfo. Vos aqui, vos en tal estado, señora!

Verena. (*Volviéndose de pronto.*) Ah! Gustavo!.... (*Déjase caer de rodillas delante de Rodolfo.*) Perdóname! perdóname!.... No fuí yo.... él solo cometió el crimen.... Gustavo!.... Yo no queria mas que arrancar de tus brazos al bastardo y á su infame madre.... La amabas tanto! (*Abrazando las rodillas de Rodolfo.*) Ten piedad de mí!

Rodolfo. Volved en vos, señora.

Verena. (*Levantándose.*) Dios mio, tu voz me hiela de espanto. Es la misma voz que se dejaba oir en medio del incendio.... Aun creo ver tu rostro iracundo en el momento del asesinato. (*Mirando fijamente á Rodolfo y reconociéndole por último.*) Ah! infeliz de mí! qué es lo que he hecho!

Rodolfo. Nada temais, señora.

Verena. Soy perdida!

Rodolfo. Nada temais, vuelvo á deciros, soy un amigo.

Verena. Un amigo!

Rodolfo. Aun no me habeis reconocido, señora? Soy el hombre que todos los dias se postra de hinojos delante de vuestra tribuna, en la capilla de S. Salvador, con igual veneracion que delante de un altar.... soy el que no tiene pensamientos, palabras ni súplicas mas que para vos....

el que siempre que os ve pasar se arrojaria gustoso á vuestros pies para besar la orla de vuestras haldas.... el que os ama con delirio, en fin, señora.

Verena. Vos me amais!.... Ah! insensato.... Escuchadme, escuchadme, y veremos si os atreveis despues á dirigirme esas palabras. Dios sin duda es el que me ha hecho salir aqui despavorida y delirante; él es el que me ha obligado á hablar delante de vos para salvaros. Qué edad es la vuestra? (*La tempestad va creciendo gradualmente. Relámpagos de tiempo en tiempo.*)

Rodolfo. Veinticuatro años!

Verena. Veinticuatro años! Ese tiempo hará que yo padezco y hago padecer sin haber gozado en todo él, un dia de descanso, una hora de felicidad. Siendo aun muy joven me enlazaron con un hombre que no me amó nunca, y me repudió á poco tiempo de mi casamiento, por una vasalla de sangre plebeya; mi hijo fue desheredado en beneficio del bastardo. Yo, entonces, sin compasion hácia mis dos enemigos, mandé á mis gentes echar del castillo á la sierva y su bastardo; despues hice perecer á mi esposo en un incendio, y Dios me castigó por ello haciendo perecer con él á mi hijo querido. Mi existencia desde aquel dia es un tormento horrible! Los remordimientos me despedazan el alma. Por el dia no pienso mas que en aquel espantoso suceso; por la noche no sueño mas que con él. No hay ya para mí consuelo, esperanza ni sosiego. Lágrimas! Siempre lágrimas! Nada mas que lágrimas! Es esta la muger que amais, y por la que quereis ser amado?

Rodolfo. Ah! señora, qué me importa lo pasado? Lo que yo quiero, lo que deseo, lo que ambiciono es vuestro amor. Decidme que me amais? (*Trueno.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. ROBERTO, *que aparece de repente por el foro.*

Roberto. Sellad el labio, sacrílegos, y no hagais por mas tiempo alarde de vuestra criminal pasion delante del cielo irritado! Ay de vosotros, insensatos, que no temeis arrostrar la cólera de Dios, cuando solo por vosotros se deja escuchar su terrible voz sobre nuestras cabezas!

Verena. (*Apartándose de Rodolfo.*) Cielos!

Rodolfo. Qué decís, padre mio?

Roberto. Rodolfo, sabes quién es esa muger?

Rodolfo. No.

Roberto. Y vos, señora, sabeis quién es este joven?

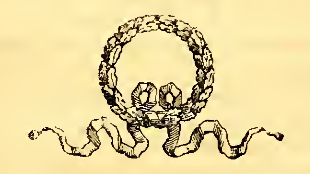
Verena. No, padre mio.

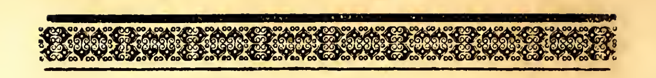
Roberto. (*A Rodolfo.*) Esta muger, es la esposa del tirano Alberto, la madre del príncipe Leopoldo: es Verena, emperatriz de Alemania.

Rodolfo. (*Retrocediendo.*) Maldicion!

Roberto. (*A Verena.*) Este joven es un enemigo de vuestro esposo y retador de vuestros hijos, con quienes ha jurado combatir cuerpo á cuerpo hasta la muerte: es Rodolfo el bastardo.

Verena. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*) Gran Dios (*Un rayo ilumina el teatro y viene á caer á corta distancia de los tres en el centro de la escena. Cuadro final.*)





Acto segundo.

Una espaciosa sala en el castillo real de Sarnen. En el fondo hay tres grandes puertas abiertas, y dejan ver la meseta de una gran escalera que conduce al esterior del castillo. A cada lado de esta escalera hay una galería circuida de una balaustrada. A la izquierda, los arqueros alemanes que custodian el estandarte del emperador. En las galerías multitud de cortesanos y soldados que conversan y se pasean.

ESCENA PRIMERA.

VERENA. EL EMPERADOR, *y sus cuatro hijos que entran por la galería de la izquierda* : RODOLFO *y* ROBERTO, *por la de la derecha.*

Roberto. Dios guarde al emperador y proteja la ley. (*Los cortesanos acuden en tropel y saludan al emperador.*)

Rodolfo. (*Pálido y enagenado.*) (Insultado por los hijos y amado de su madre!)

Roberto. Rodolfo! hijo mio!

Rodolfo. (He jurado combatir contra ellos; pero esto es imposible, Dios mio!)

Verena. (Qué pálido está!)

Valter. (*A Beringuer.*) Ahí tienes á nuestro valenton de ayer.

Beringer. Qué vendrá á buscar aquí?

Valter. Tal vez la limosna que le ha ofrecido Leopoldo.

Rodolfo. (Qué debo escoger entre mi amor y mi honor?) (*En este momento aparece el bailío por la escalera del fondo. Silencio general.*)

Bailío. Gloria á Dios! gloria al emperador! salud á todos.

Alberto. Ya sé el objeto de vuestra mision: hablad, bailío, que la ley se cumpla en todas sus partes, y que mis pue-

blos de la Helvecia vean que mi imperio está fundado sobre la justicia.

Bailío. Príncipe Leopoldo! habeis arrebatado contra razon y derecho á una doncella, siendo esta hija de padres libres y ciudadanos de Sarnen.

Leopoldo. Mi padre me ha concedido el señorío feudal de Sarnen, y yo á nadie conozco por libre donde me llaman señor. He usado de mi derecho, y si alguien cree que he hecho mal, que se encomiende á Dios si es plebeyo, y si es noble, á su espada.

Roberto. Ahora es tiempo, hijo mio! Preséntate.

Rodolfo. No.

Bailío. Segun está escrito en el libro de nuestros privilegios, un caballero que jura estar puro de todo crimen, y que ha empeñado en nuestras manos su guantelete de armas, va á presentarse aquí para defender á la doncella, y desafia como á villanos á todos los que hayan cometido este crimen ó quieran sostenerlo con las armas. A nombre de la ley proclamo el reto: si hay alguno que lo acepte, proclamaré el combate.

Varios caballeros. Yo! yo!

Verena. Cuántos enemigos!

Bailío. Caballero que habeis empeñado en nuestras manos vuestro juramento y vuestro guante de batalla, compareced. El pueblo os llama, el combate os espera, Dios os mira!.... compareced, caballero!

Verena. Qué hará?

Roberto. Rodolfo! (*Rodolfo permanece inmovil.*)

Bailío. Caballero, dónde estais? Sabed que el que quebranta un juramento tal, es un perjuro, un infame y un cobarde. Por vuestro honor, compareced.

Roberto. Aun es tiempo. (*Aparte á Rodolfo.*)

Rodolfo. (Oh! Verena! Verena!)

Bailío. Caballero, que has faltado á tu palabra y á tu lealtad, yo te maldigo, y maldigo tu nombre y tu guante de batalla!

Pueblo. Sí, maldito!

Roberto. (*Aparte.*) Dios tenga piedad de tí.

Rodolfo. (*Aparte.*) El cielo me confunda!

Bailío. Haced que se presente la doncella. Nadie puede negarla el derecho de buscar un defensor.

Roberto. Por úlima vez....

Rodolfo. No, y por última vez, no.

ESCENA II.

LOS MISMOS *y* ANNELI, *vestida de blanco y conducida por dos arqueros.*

Anneli. Dónde estoy!
Rodolfo. (*Como despertando de un sueño.*) Qué voz, es esta?
Bailio. Estais delante del emperador.
Anneli. Del emperador!
Rodolfo. (*A Roberto.*) Ah! es ella! es ella!
Roberto. Quién!
Rodolfo. Anneli mi primer amor!
Bailio. Hija, estais entregada sin defensa...
Rodolfo. Esperad! esperad!
Anneli. (Es él!)
Verena. (Dios mio!)
Rodolfo. Oprobio y vergüenza al caballero perjuro! plaza al caballero leal. Pueblo, retira tus maldiciones, mientras yo recobro mi derecho, y mi nombre puro y mi guante sin tacha. Ah! dejadme respirar, porque me ahogaba bajo el peso de la traicion. Decís que el pueblo me llama, que el combate me espera, que Dios me mira... pues bien, aqui estoy, aqui estoy.
Bailio. Sea en buenhora! esa resolucion te absuelve de tu rebeldia. Yo te absuelvo tambien de nuestras maldiciones: usa de tu derecho.
Rodolfo. Escuchadme todos. A la faz del cielo y de la tierra declaro, que la conducta del principe Leopoldo es infame y execrable; y á quien lo contrario sostenga, le probará en el dia, á la hora y con las armas que quiera, que ha mentido como mal caballero, y que merece ser ahorcado como un villano.
Leopoldo. Vive Dios!...
Bailio. Dinos tu nombre.
Rodolfo. Rodolfo.
Todos. Rodolfo!
Rodolfo. Sí, el terror de vuestros condes y barones, el que hijo adoptivo de esta noble y desdichada Helvecia, no consentirá mientras le quede una gota de sangre, la ignominia y baldon de sus hermanos.

Bailio. Ahora... (*Preséntale su guante.*)
Rodolfo. Sí, mi guante! (*Arrojándole á los pies de los hijos de Alberto.*) Quién le levanta?
Pueblo. Bien! bien!
Alberto. Donde están mis caballeros!
Verena. Ah!
Alberto. Quién se bate por el emperador?
Leopoldo. Yo.
Valter. Yo.
Verner. Yo.
Beringuer. Yo.
(*Los cuatro á un tiempo.*)
Alberto. Nadie mas que mis hijos!
Verena. Dios mio! dadme valor!
Roberto. El cielo te bendiga.
Bailio. Caballero Rodolfo, aceptais por adversarios vuestros á los hijos del emperador?
Rodolfo. Sí, con todo mi corazon, y á todos juntos.
Bailio. Sois caballero?
Rodolfo. Armado por el mismo emperador.
Bailio. (*A los cuatro hermanos.*) Sois caballeros?
Leopoldo. Somos hijos del emperador.
Bailio. Traed el libro de los Evangelios. (*Roberto presenta el libro de los Evangelios abierto.*)
Bailio. Bien! (*A Rodolfo.*) Jurais como cristiano que vuestro corazon no abriga ningun crímen?
Rodolfo. (*Poniendo la mano sobre el libro.*) Lo juro.
Bailio. Y vosotros? (*Los cuatro hermanos se acercan á la mesa. Verena se levanta y coge el libro de los Evangelios.*)
Verena. Esperad. Emperador Alberto, haced que salgan de aqui todos los presentes. Tengo mucho que hablaros, igualmente que á vuestros hijos. (*A una señal del emperador, se van todos, quedando en el teatro Verena, Alberto y sus hijos.*)

ESCENA III.

ALBERTO. VERENA. LEOPOLDO. VALTER. RODOLFO *y* BERINGUER.

Alberto. Qué significa esto, señora? cuál es vuestro intento?
Verena. Unicamente deciros, que es preciso impedir á todo trance este combate.

Alberto. No sabeis que me es imposible evitarlo? ignorais que entre los privilegios de la nobleza, el mas sagrado es el de defender con las armas en la mano, el derecho de los desvalidos? Pensadlo bien, señora: haciendo lo que decis, peligraria mi corona.

Verena. Y qué me importa vuestra corona cuando se trata de la vida de vuestros hijos?

Alberto. Pero qué es lo que os hace temer de ese modo por su existencia?

Verena. Lo que me hace temer! y vos que sois su padre me lo preguntais! Temo porque ese Rodolfo es el montañés mas temible de toda Helvecia: porque ha jurado un odio implacable á vuestros hijos que le han insultado horriblemente, y en fin, porque los mataria sin misericordia si pelease con ellos! esto es lo que temo, señor.

Alberto. Y quién os ha dicho todo eso?

Verena. (*Sin escucharle.*) Pero vosotros tendreis piedad de mi; ¿no es cierto? Ese combate es una cosa horrible que me quitaria la vida. Evitadlo, evitadlo por Dios, si no quereis que yo muera. (*Arrodillándose.*)

Leopoldo. Bien quisiera complaceros, señora; pero cómo es posible hacerlo?

Verena. Cómo!

Alberto. Si eso hiciéseis, mañana no seriais ya los herederos de una corona imperial.

Leopoldo. (*Con frialdad.*) Levantaos, señora! levantaos.

Verena. (*Levantándose.*) Pues bien; si de ese modo se desprecian mis súplicas, veremos como se obedecen mis órdenes. Yo os prohibo que os comprometais en ese duelo.

Leopoldo. Nosotros no recibimos órdenes sino de nuestro padre, que al mismo tiempo es nuestro emperador, y lo que él quiera que hagamos, eso haremos.

Beringuer. Vos olvidais sin duda que no somos vuestros hijos, y que no os debemos mas obediencia que como á esposa del emperador Alberto.

Verena. No sois mis hijos! por eso no quereis que os ame!

Valter. Basta de palabras, hermanos mios, y marchemos al combate.

Verena. En buenhora, marchad! (*Cogiendo el libro de los Evangelios.*) Pero antes jurad sobre este libro santo, que estais puros de todo crímen. Quién de vosotros será capaz de aventurar semejante juramento? ninguno! ningu-

no, porque seria un sacrilegio! porque no hay uno entre vosotros que no tenga que acusarse de alguna accion infame ó de algun horrible pecado: no hay uno á quien yo no pueda deshonrar delante del pueblo, con una sola palabra.

Leopoldo. Oh! no hareis tal, señora.

Verena. No lo haré, pero habeis de ofrecerme que de ningun modo acudireis á ese combate fatal. Si no lo haceis asi, hablaré.

Leopoldo. Pero no conoceis que eso seria perderos y perdernos?

Verena. Tanto mejor, porque yo tengo tantos deseos de morir como vosotros de vivir. Un cuarto de hora os queda para reflexionar: pensadlo bien.

Alberto. Señora!

Valter. Madre mia!

Verena. Silencio! ya no soy madre ni esposa de nadie: soy vuestro juez, señores, y vuestro juez os concede un cuarto de hora para perderos ó salvaros. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS *y el* BAILIO.

Bailio. Señor! la corte y el pueblo están esperando vuestra respuesta.

Alberto. Que entren todos.

ESCENA V.

DICHOS, ROBERTO, RODOLFO, CORTESANOS *y* PUEBLO: *luego* CONRADO.

Alberto. Señores, el príncipe Leopoldo, igualmente que sus hermanos, devuelven el guante al sostenedor y renuncian al combate. (*Murmullos en el pueblo.*)

Roberto. Dios sea loado!

Bailio. De ese modo, es de mi deber proclamar...

Alberto. Un momento, señor bailio de Sarneu, un momento. Ofrezco mil florines de oro al que combata con ese hombre.

Bailio. No se presenta nadie?

Alberto. Al que venza á ese hombre, le concederé cuanto me pida.

Bailío. No hay nadie que lo acepte?

Una voz. Yo. (*La multitud empieza á despejar el fondo del teatro, y por la escalera se vé subir á Conrado cubierto de una armadura completa.*)

Alberto. (*Saliendo á su encuentro.*) Que me pedís?

Conrado. La vida de un hombre ó de una familia.

Alberto. Te la concedo.

Conrado. Sea quien fuere este hombre, ó esta familia?

Alberto. Sea quien fuere.

Conrado. Bien está. Quién es el sostenedor?

Rodolfo. Yo. Cuál es vuestro nombre?

Conrado. Conrado. Y el vuestro?

Rodolfo. Rodolfo.

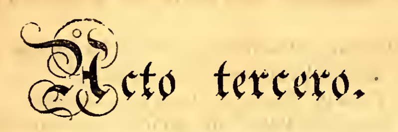
Conrado. Vuestra mano?

Rodolfo. Tomadla. Hasta mañana.

Conrado. Duelo á muerte!

Rodolfo. Sí, sí... á muerte!





Acto tercero.

Interior de una torre en el castillo real de Sarnen. Puertas laterales. Al foro un retrato de cuerpo entero que enmascara una puerta secreta. Entre el retrato y la puerta de la izquierda, una ventana. Mesa á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

EL EMPERADOR ALBERTO. CONRADO. HARMANT.

Conrado. No sé como pagaros tantas bondades, señor.

Alberto. Es lo menos que por vos puedo hacer, pues os habeis declarado defensor de mi causa. Si deseais alguna cosa que esté en mi mano el otorgaros, pedidla y la tendreis.

Conrado. Me creo sobradamente recompensado con lo que me habeis prometido.

Alberto. Admiro ese noble desinterés; pero un guerrero deja siempre en pos de sí objetos queridos cuya felicidad le importa mas que su propia existencia. Para ellos puede aceptarlo todo sin rebajarse. Viven vuestros padres?

Conrado. Los del Argovia donde he sido educado me conocen por el Bastardo.

Alberto. Pero tendreis amigos?

Conrado. Ninguna planta crece al abrigo de la roca combatida por las olas; ninguna amistad cuenta el hombre acosado por la desgracia; no tengo amigo alguno.

Alberto. Caballero, joven y valiente, habreis entregado vuestro corazon á alguna belleza que tendrá la dicha de llamarse esposa ó amada vuestra?

Conrado. Conrado no sintió nunca palpitar contra su corazon el corazon enamorado de una muger querida; jamas belleza alguna se estremeció de placer á su voz.

Alberto. Qué oigo! ni familia, ni amigos, ni amada! qué podeis apetecer entonces?

Conrado. La orden que me habeis prometido; la orden que ha de otorgarme la vida de un hombre ó de una familia.

Harmant. (*Sale.*) Un desconocido desea hablar al caballero que ha de combatir por el emperador.

Conrado. Permite Vuestra Alteza que entre?

Alberto. Ya os he dicho que mientras permanezcais en Sarnen, podeis disponer á vuestro albedrio de esta estancia, que os ha cedido la emperatriz.

Conrado. Mandad entrar á ese hombre.

Harmant. Desea hablaros sin testigos segun ha dicho.

Alberto. Entonces os dejo solos; precaveos contra cualquier alevosía.

Conrado. No temais, señor; Dios es justo!

Alberto. Harmant, direis segun costumbre á ese desconocido, que os entregue sus armas antes de entrar en palacio.

Conrado. No, permitidle entrar armado; tengo al lado mi espada. (*Vase Harmant.*) Me otorgareis señor la merced de firmar entretanto la orden que me habeis prometido?

Alberto. Os la entregaré en cuanto hayais terminado esa entrevista; volveré á veros. (*Aparte.*) Qué es lo que tendrá que decirle ese desconocido? (*Vase por la derecha.*)

ESCENA II.

RODOLFO. CONRADO.

Rodolfo. El cielo os guarde, caballero.

Conrado. Bien venido seais, noble Rodolfo.

Rodolfo. Varias veces he tenido ocasion de admirar vuestro valor en los combates, y he pensado que un caballero que con tal bizarria maneja las armas, debe abrigar en su pecho un noble corazon.

Conrado. Os agradezco que hayais pensado de mí lo que yo he pensado de vos. Sentaos; estais en mi estancia.

Rodolfo. Puedo hablar sin reparo?...

Conrado. Sois mi huesped. (*Siéntanse.*)

Rodolfo. Mañana, cuando el sol llegue á la mitad de su carrera, debemos combatir cuerpo á cuerpo hasta la muerte de uno de los dos.

Conrado. Sí.

Rodolfo. La ley de un combate á muerte otorga al vencedor las armas, vestiduras y el cuerpo de su contrario.

Conrado. Sí.

Rodolfo. Ninguno de los dos, á lo que creo, confia tanto en su fuerza y valor, que se atreva á decir de antemano cual será su suerte.

Conrado. Todo hombre es vulnerable y mortal, y ninguno puede decir la suerte que le espera al dia siguiente.

Rodolfo. He ahi sobre lo que tengo que hablaros y el motivo de mi venida. Oid primeramente lo que espero de vos si perezco.

Conrado. Hablad.

Rodolfo. Os ruego conserveis mis armas, y os valgais de mi espada, si alguna vez hiciéseis pedazos la vuestra; por lo que hace á mi cuerpo, os pido le envieis á los montañeses de Unterwalden mis solos amigos, mi única familia.

Conrado. Sois huérfano?

Rodolfo. Sí.

Conrado. Yo tambien.

Rodolfo. De ese modo, el que muriere apenas dejará en pos de sí recuerdos de dolor.

Conrado. Continuad.

Rodolfo. La causa de este combate es una jóven, hija de padres libres, arrebatada contra razon y derecho por el príncipe Leopoldo, y cuyo nombre es Anneli; yo amaba á esa jóven y era correspondido de ella; si vos triunfais, haced de modo que mi amada vuelva al seno de su desolada familia. Esto es cuanto tenia que pediros: si me lo concedeis os quedaré agradecido; vencido, os perdonaré mi muerte; vencedor, rezaré por vuestra alma y os encomendaré á Dios.

Conrado. Prometo hacer cuanto habeis pedido, si sucumbís.

Rodolfo. Gracias. Y si vos pereceis, qué deseais que haga?

Conrado. Dad sepultura á mi cuerpo y poned en ella esta sencilla inscripcion: "Aqui yace Conrado el Bastardo que vengó á su madre." Porque mañana la habré vengado. En seguida enviareis mi espada á Mechtal de Lucerna diciéndole de mi parte, que se sirva como valiente de la espada de un valiente. No mas que eso.

Rodolfo. (*Levantándose.*) Se hará como deseais: os empeño mi palabra.

Conrado. (*Levantándose tambien.*) Teneis la mia.

Rodolfo. Ahora solo me resta pediros el último favor.

Conrado. Hablad.

Rodolfo. Tengo una cita aqui á las nueve de la noche y no estamos muy distantes de esa hora.

Conrado. Una cita aquí!

Rodolfo. (*Enseñándole una carta.*) Mirad "En la torre del norte del castillo real." Es esta?

Conrado. Sí.

Rodolfo. (*Leyendo.*) "A las nueve... encontrareis una escala de cuerdas... subid.»

Conrado. Bien está. Dentro de algunos minutos os dejaré solo en esta estancia, y no volveré hasta que hayan transcurrido dos horas.

Rodolfo. Gracias.

Conrado. Solamente tengo que poneros una condicion.

Rodolfo. Cuál?

Conrado. En el castillo hay la costumbre de no dejar entrar á nadie con armas durante la noche. Estando yo presente podiais entrar armado bajo mi responsabilidad; pero hallándome ausente y siendo huesped del emperador...

Rodolfo. Está bien. Dejaré abajo mis armas.

Conrado. Entonces el cielo os guarde.

Rodolfo. Escuso pediros que guardeis el secreto.

Conrado. Descuidad.

Rodolfo. (*Deteniéndose.*) Caballero Conrado, nuestras manos se juntaron esta mañana en señal de desafio; mañana habrán de encontrarse en señal de muerte; no podrán estrecharse ahora en señal de amistad y aprecio?

Conrado. El cielo es testigo de que estrecho gustoso esa noble mano que me ofreceis. (*Danse las manos.*)

Rodolfo. Ahora quedad con Dios.

Conrado. El os guardé, Rodolfo. (*Vase Rodolfo.*)

ESCENA III.

CONRADO. ALBERTO.

Conrado. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha por donde salió Alberto.*) Señor.

Alberto. Aqui me teneis.

Conrado. Habeis firmado la orden?

Alberto. Sí, pero decid, Conrado, no teneis ningun recelo por el combate de mañana?

Conrado. Recelo?

Alberto. Ese Rodolfo es valiente segun dicen.

Conrado. No sé que haya hombre por esforzado que sea, que no guarde para sí la mitad del miedo, debiendo combatir conmigo con armas iguales. Siento ademas una voz interior que me grita que no ha llegado para mí la hora postrera.

Alberto. No importa, los resultados de un combate, y de un combate como el vuestro, son siempre inseguros; y yo tengo por loco al que fia á la casualidad un asunto que pudiera terminar él mismo.

Conrado. Qué quereis decir?

Alberto. Que el puñal mata tan bien durante la noche, como la espada durante el dia, y que con aquel hay mas seguridad.

Conrado. Un asesinato!

Alberto. No! asesinarle! oh! no!... mis palabras han espresado mal mi pensamiento... Pero hay otros medios... pudiéramos atraerle mañosamente á algun sitio, solo y desarmado. Daria un año de mi vida por tener durante una hora á Rodolfo desarmado en una prision, sin que nadie pudiese acusarme de ello; porque ahora está bajo la salvaguardia de la ley.

Conrado. Valeos de otro para eso, yo no sabria ser asesino ni traidor.

Alberto. Tranquilizaos; si os he dicho esto, ha sido por vuestro propio interes. Pero no nos ocupemos mas de ello una vez que os desagrada.

Conrado. Solo hay un ser en el mundo que no debe esperar de mí nobleza ni generosidad; pero ese para mí no es un hombre, es una víctima... He hecho voto de no desceñir la espada, hasta que le haya esterminado con toda su familia... y le perseguiré hasta lograrlo sin descanso ni piedad. Donde quiera que le encontrase, aun cuando se hallase arrodillado ante un altar ó sentado en mi propia mesa, le daria muerte. Vanas serian para impedírmelo promesas ni recuerdos, porque aunque supiese que el hombre que busco, era bienhechor ó huesped mio le quitaria la vida.

Alberto. Muy grave debe ser la afrenta que de él habeis recibido, para guardarle tan ciego rencor.

Conrado. Dadme, señor, esa orden; ardo en deseos de poseerla.

Alberto. Vedla aquí. (*Lee.*) "Nos, Alberto de Austria, emperador de Alemania, conde de Hausburgo &c. otorgamos al noble y leal caballero Conrado, derecho de vida y muerte sobre la persona... Cuál es su nombre?

Conrado. Su nombre! Tened, señor, la bondad de escucharme breves instantes, y tal vez vos mismo podreis escribir ese nombre que yo ignoro.

Alberto. Ya os escucho.

Conrado. Uno de los humildes habitantes de nuestras montañas vió llegar hace algunos años delante de su cabaña, una muger jóven que en tiempos anteriores habia conocido en el mismo valle en que nació. Aquella muger, que parecia haber sido hermosa, entró en casa del anciano, pálida y desmelenada, con los pies ensangrentados, la vista desencajada y el vestido en el mayor desorden. Llevaba en sus brazos un niño recien nacido y una de sus manos empuñaba una daga, en cuya guarnicion brillaba una cifra de piedras preciosas. Reuniéronse en torno de aquella desventurada muchos de los habitantes del valle, y ella entonces sin exhalar un suspiro, sin derramar una sola lágrima, dejóse caer desfallecida contra un árbol y despues de colocar á su lado el niño y la daga, refirió con voz debil pero serena, lo que voy á deciros.—De resultas de la enemistad que reinaba entre dos poderosos señores feudales, la pobre muger habia sido arrebatada de los brazos de los suyos en el furor de un combate, y encerrada en el castillo del vencedor. Este, cautivado de su belleza, se enamoró perdidamente de ella y la hizo su esposa, habiendo tenido en ella dos hijos, el uno bastardo y el otro legitimo. Vivia dichosa y tranquila al lado de su esposo, cuando una noche entraron á despertarla con gran alboroto sus mismos palafreneros, y empleando con ella toda clase de malos tratamientos, la dijeron que su marido habia sido asesinado, y que antes de un cuarto de hora estuviese ella fuera del castillo. Al oir esto la triste viuda, descolgó la daga de su esposo que pendia de la pared junto á su mismo lecho, tomó en sus brazos al mayor de sus hijos que era el bastardo, y partió sin detener-

se mas que en el sitio que os referí, porque empezaban á abandonarla las fuerzas. Iba ya á pronunciar el nombre de su marido y el del castillo que habitaba para terminar su historia... cuando de repente se turbaron sus ojos, dejó caer su cabeza contra el tronco del árbol, y dirigiendo una dolorosa mirada á su hijo, espiró.—¡Pobre madre!

Alberto. Era vuestra madre!... y no habeis podido averiguar como se llamaba?

Conrado. Emma.

Alberto. Y vuestro padre?

Conrado. Ya os he dicho que mi madre espiró sin poder pronunciar ni el nombre de su esposo ni el de su asesino, ni tampoco el del castillo que habitaban.

Alberto. (*Aparte.*) Respiro.

Conrado. Pero dijo sin embargo, que mi padre era un poderoso señor de una capital de la Helvecia, y con sola esa noticia me he propuesto averiguar lo restante. He buscado mi presa á traves de las mas populosas ciudades; he recorrido todos los palacios y castillos, do quiera que mandaba rey, conde ú obispo; he indagado la historia de todos, he revuelto las cenizas de sus padres, y ni el menor vestigio he podido hallar. Este palacio real de Sarnen era el único punto que me faltaba que examinar, y en él, señor, he tenido la suerte de encontraros para que me otorgueis la vida del matador de mi padre, si algun dia llego á descubrirle.

Alberto. Qué es lo que he oido!... ¿Y es posible que hayais ignorado durante tanto tiempo el autor de vuestra desgracia?

Conrado. Lo he ignorado siempre.

Alberto. Quereis saber el nombre del asesino de vuestro padre? Yo puedo decírosle.

Conrado. Vos!... ah!... pronto, decidlo pronto.

Alberto. Es Rodolfo, (*Movimiento de Conrado.*) el padre de vuestro enemigo; Rodolfo de Brouneig, que hace veinte años mandó asesinar á vuestro padre Leopoldo de Laudeubergd para apoderarse de sus estados; y su madre Elfrida de Ensielden, fue la que por celos de la vuestra, la mandó echar ignominiosamente de su castillo por sus mismos palafreneros.

Conrado. Rodolfo!... qué es lo que escucho!... y he de hon-

rar á ese hombre batiéndome con él!... oh! pero no puede ser... Rodolfo me ha dicho que era huérfano.

Alberto. El mismo ha sido engañado. Leopoldo se vió obligado á huir, porque los nobles cuyos estados se hallaban inmediatos al de vuestro padre, se indignaron del aquel infame asesinato, y poniéndose á la cabeza de sus vasallos, marcharon contra el usupador. Entonces fue cuando envió á su hijo á las montañas, ocultándole su verdadero nombre para librarle del furor de sus enemigos. Esta es la historia.

Conrado. Y me respondeis vos de su certeza?

Alberto. Puedo jurároslo.

Conrado. Dónde se oculta ahora el asesino, lo sabeis?

Alberto. Ha muerto.

Conrado. Y Elfrida, su esposa?

Alberto. Tambien ha muerto.

Conrado. Ella tambien!... y sus demas hijos?

Alberto. Rodolfo es el único.

Conrado. Nadie mas que él!

Alberto. Pero ese pagará por todos, no es verdad?

Conrado. Oh! yo os respondo de ello. Señor, dad orden de que vuestra guardia se ponga inmediatamente sobre las armas, y mandad que suspendan una escala de cuerdas de ese balcon.

Alberto. Que intentais?

Conrado. Me habeis dicho hace poco, que no tenia mas que pediros cualquier cosa que desease.

Alberto. Os lo he dicho, y estoy pronto á cumplíroslo.

Conrado. Pues bien; la única cosa que os pido es, que hagais ejecutar mis órdenes. Lo hareis?

Alberto. Os lo prometo.

Conrado. Gracias. Harmant, Harmant. (*Harmant se presenta en la puerta de la izquierda.*) Escuchad... (*Le habla en voz baja.*)

Alberto. (*Aparte.*) Qué proyectará? He sabido conjurar hábilmente la tempestad que rugia sobre mi cabeza.

Conrado. Estais enterado? (*Bajo á Harmant.*)

Harmant. Perfectamente. (*Vase por la puerta por donde entró*).

Conrado. (*Dirigiéndose á Alberto.*) Ahora, señor, tened la bondad de dejarme solo.

Alberto. Ignoro vuestros intentos, pero no dudo que sean

cuales fueren, tendrán por objeto sostener la dignidad de mi corona. Quedad con Dios. (*Harmant vuelve á salir trayendo una escala que cuelga del balcon.*)

Conrado. El guie á Vuestra Alteza.

Alberto. Sígueme, Harmant. (*Vanse los dos por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

CONRADO *solo.*

Son las nueve y Rodolfo no puede tardar... vendrá solo y desarmado!... Es preciso que se apoderen de él apenas haya pisado esta estancia, y que perezca aqui mismo... seré inflexible á sus súplicas y amenazas! No seria bastante á impedir mi venganza todo el poder de los hombres ni la cólera del cielo!

ESCENA V.

CONRADO. RODOLFO.

(*Rodolfo sube por el balcon situado entre la puerta del foro y la segunda puerta de la izquierda.*)

Rodolfo. Verena!... Conrado aquí!

Conrado. El mismo. (*Corre á quitar la escala.*) Sois mi prisionero; este cuarto va á serviros á un tiempo de prision y sepulcro. No intenteis escapar porque en todas esas puertas hay gente apostada.

Rodolfo. Qué vil traicion es esta?

Conrado. Solo os quedan algunos instantes de vida, y la única gracia que puedo concederos, es dejaros morir como cristiano.

Rodolfo. Entonces mandad á buscar al anciano Roberto, quiero haceros ver que no temo la muerte.

Conrado. Corro yo mismo á buscarle: si no le encuentro, rogad á Dios por vuestra alma, porque dentro de una hora habreis cesado de existir. (*Vase por la derecha.*)

Rodolfo. (*Con arrogancia.*) Corre, apresúrate, caballero desleal y cobarde, prefiero mi muerte á tu vida; sabré perecer como hombre... Y sin embargo, Dios mio!... calla, insensato, que has confiado tu existencia á merced del acaso, y no te quejes á Dios de haberte abierto tu mismo el sepulcro.

ESCENA VI.

RODOLFO. VERENA *que sale por la puerta oculta por el retrato.*

Rodolfo. Quién viene?

Verena. Yo, Rodolfo.

Rodolfo. Vos aqui, señora?

Verena. Escuchad atentamente lo que voy á deciros.

Rodolfo. Hablad.

Verena. Para abrir este retrato como yo acabo de hacerlo, no teneis mas que apretar el resorte que aquí veis; el retrato oculta la entrada de un pasadizo oscuro; en medio del pasadizo, á la derecha, empieza una escalera de caracol que comunica con una galeria subterránea, la galeria subterránea desemboca en el claustro de la iglesia del Salvador que es lugar de asilo.

Rodolfo. No sé si deba entenderos, señora.

Verena. Ahí teneis una espada para defenderos en caso de ser atacado. (*Deja caer á sus piés una espada.*) Dios os proteja. (*Retirándose.*)

Rodolfo. (*Deteniéndola.*) Un momento, señora, no podemos separarnos así.

Verena. Qué quereis?

Rodolfo. Yo no puedo aceptar de vos mi salvacion sin saber á que título me la ofreceis.

Verena. Qué puede importaros eso?

Rodolfo. Importa á mi honor que vos sepais lo que he hecho y lo que pienso. Creeis salvar en mí al Rodolfo que el otro dia os juraba, en medio de la tormenta, un amor eterno... pero ya no soy el mismo hombre, Verena. Entonces, me engañaba á mí mismo, señora; tomé el rayo del cielo por fuego sagrado, y por amor el delirio de la fiebre. Cruel os parecerá lo que digo, pero no debo ocultaros que no sois vos la muger á quien amo.

Verena. Lo sé.

Rodolfo. Lo sabeis y habeis venido á salvarme?

Verena. Acaso, no debia hacerlo? Ya que es mi destino no poder ser dichosa un solo dia, he querido contribuir al menos á la felicidad de los demas. Vivid, Rodolfo, vivid para Anneli, y no os acordeis de mí sino para rogar por mí al Señor. A Dios, tal vez ya no nos volvamos á ver mas sed dichoso, amigo mio. (*Llora.*)

Rodolfo. (Corriendo á ella.) Ah! señora.
Verena. (Con gravedad.) Quedad con Dios, Rodolfo. *(Vase por la misma puerta por donde entró.)*

ESCENA VII.

RODOLFO *solo.*

Pobre Verena! su dolor me ha conmovido! Y no he de lograr hacer mi felicidad sino á costa de su desgracia!..... Ah! en vano es que yo luche contra mi fatal destino!.. para qué quiero huir ni libertarme de la muerte que me amenaza?... Me hallo solo y desamparado en el mundo!... mi único amor, Anneli... arrebatada por el infame Leopoldo!... deshonrada tal vez!... Ah! mi sufrimiento llegó á su término. Que me importa la vida si donde quiera no encuentro una mano amiga que estreche mi mano, un corazon que llore mis desgracias: siento pasos... Llegad, asesinos, ya no os temo.

ESCENA VIII.

RODOLFO. ROBERTO.

Roberto. Gracias te doy, hijo mio, por haberme mandado á llamar en esta hora terrible.
Rodolfo. Necesitaba oir vuestra voz consoladora, y vuestros sabios consejos para prepararme á la muerte, padre mio.
Roberto. Yo soy la causa de todo esto; has arrostrado la venganza de esos hombres por causa mia, y los cobardes te han condenado sin misericordia. Perdona mi error, yo creia obrar bien.
Rodolfo. Desechad ese recelo de que vos seais la causa de mi muerte; ya no son ellos los que atentan contra mi existencia, soy yo mismo.
Roberto. Qué dices?
Rodolfo. Mirad; poseo una espada, y conozco el secreto que da franca salida por una puerta secreta: podia salvarme.
Roberto. Podias salvarte y no lo has hecho?
Rodolfo. No.
Roberto. Por qué?
Rodolfo. Porque tengo hastío de la vida y quiero morir.

Roberto. Insensato, luego lo que tú proyectas es un suicidio. (*Silencio de Rodolfo.*) Escucha, Rodolfo, yo cuento sesenta años, y he esperimentado en la vida desgracias inauditas, sin que ninguna de ellas me haya hecho retroceder ni pensar en la muerte, y sin embargo, yo no era mas que un hombre obscuro, bueno todo lo mas para enjugar las lágrimas y compartir las penas de mis semejantes; no tenia como tu delante de mí, un porvenir de gloria y poderio. Cobra ánimos y esperanzas, ungido del Señor, levántate y ciñe tu espada, porque tu vida ha de ser dilatada y gloriosa.

Rodolfo. En vano es, padre mio, que querais conservar en mi alma tan gratas ilusiones; esos sueños de felicidad no pueden realizarse, porque ni aun tengo un nombre que ofrecer por garantia á mis semejantes.

Roberto. Y si tuvieses nombre y familia, Rodolfo?

Rodolfo. Yo!

Roberto. Consentirias en vivir si te revelasen la historia de tu nacimiento?

Rodolfo. Tal vez.

Roberto. Pues bien, escucha.

Rodolfo. Que oigo! la sabeis vos y no me la habeis revelado!

Roberto. No podia hacerlo.

Rodolfo. Por qué?

Roberto. Porque tu nacimiento encerraba un misterio que habia jurado no revelar, Rodolfo; porque tu cuna fue salpicada de una sangre preciosa que pide venganza; porque un ministro del Señor, clemente y misericordioso, no podia ni violar un juramento, ni evocar una venganza. Pero ya que ahora es preciso escoger entre mi conciencia y mi patria, no me es dado ni aun vacilar, aunque pierda la una en provecho de la otra... Rompo mi juramento. Antes que el sacerdote, el ciudadano; la patria antes que el altar. Dios me castigará si hago mal, pero al menos habré salvado á la Helvecia. Ahora, escúchame, Rodolfo.

Rodolfo. Sentaos, padre mio y hablad. (*Despues que Rodolfo se ha sentado.*) Ya os escucho.

Roberto. Una noche del año de 1273 vinieron á buscarme á mi casa dos hombres encubiertos, para confesar á otro que iba á morir. Arrancáronme del lecho y me obligaron á seguirles despues de vendarme los ojos. A los po-

cos instantes de nuestra marcha, descubrí confusamente al través del cendal que me tapaba los ojos, un resplandor vivo y rojizo, y la opresion de mi pecho me dió á conocer que estábamos rodeados de una espesa humareda; al propio tiempo oí gritos lastimeros y esclamé involuntariamente: "Aqui hay un incendio?—Sí," contestaron los que me llevaban, y me hicieron subir á un parage donde empecé á respirar con libertad y cesé de ver el resplandor rojizo, lo cual me hizo conocer que nos habiamos apartado del incendio. En aquel sitio, una tercera voz que me pareció haber oido en otra parte, me hizo jurar sobre un crucifijo, que no revelaria jamas lo que iba á oir y presenciar. Añadió, que si me negaba á prestar el juramento, la víctima moriria sin confesion. Yo juré al oir aquello. Entonces dijo algunas palabras en voz baja á los otros dos hombres, y se alejó del sitio donde yo me hallaba. Desvendáronme los ojos y me dejaron solo.

Rodolfo. Y qué es lo que allí visteis, padre mio?

Roberto. Me encontré en una sala lóbrega y oscura, iluminada por dos antorchas. Encima de una mesa cubierta con un tapete negro, descubrí un libro de evangelios abierto al lado de un crucifijo de plata. Al cabo de pocos minutos se abrió la puerta de la estancia y entró en ella con paso vacilante un hombre pálido y cubierto de sangre; la puerta se cerró detras de él y nos encontramos los dos cara á cara.

Rodolfo. Y qué es lo que dijo aquel hombre?

Roberto. Ni una sola palabra al principio. Se lanzó á la pared, arrancó de ella un clavo, empapó la punta en la sangre que arrojaba una de sus heridas, y escribió varias líneas sobre dos hojas diferentes de los evangelios, que arrancó despues. Cuando hubo acabado de escribir, dobló la primera hoja, la cerró con la cera de una de las teas y la metió en la segunda hoja que dobló y cerró de la misma manera; en seguida me entregó la carta y me dijo: «Señor sacerdote, en esas líneas que acabo de escribir dejo consignados la historia de un hombre y el porvenir de una criatura. Guardadlas religiosamente, no por el hombre, que habrá muerto dentro de un cuarto de hora, sino por el niño. Porque ese niño que quieren asesinar con su padre, puede vivir todavia; vivirá si vos quereis." «Qué hay que hacer para ello?» esclamé; «sal-

varle, me repuso.»—«Y cómo?"—"A pesar del incendio y de los asesinos que nos rodean á mí, a mis amigos y á nuestras familias, he logrado descolgar mi hijo en su propia cuna por una de las ventanas de palacio, la tercera de la fachada; id allí, recoged aquella infeliz criatura, y lleváosla lejos, muy lejos de este castillo; dejadle, si vive, ignorareis siempre su nombre porque le seria funesto; no le hableis de su padre hasta el dia en que se halle en estado de poderle vengar. Aquel dia le entregareis esa carta.—Y qué nombre le daré?—Rodolfo, contestó el caballero. Quedad con Dios; oigo venir á mis asesinos; retiraos, ministro del Señor. Salvad al hijo y rogad por el padre."

Rodolfo. Y qué hicisteis del hijo?

Roberto. Le recogí como habia prometido, le liberté y fue educado á mi vista; pero no supo jamas una palabra de lo pasado, porque yo habia hecho el juramento de no revelar nada.

Rodolfo. Ese hijo.... era yo?

Roberto. Sí.

Rodolfo. Y mi padre?

Roberto. Ignoro su nombre.

Rodolfo. Cuál era el contenido de las cartas?

Roberto. Lo ignoro tambien.

Rodolfo. No las abristeis nunca?

Roberto. Nunca; las metí en un escapulario el cual llevo siempre colgado al pecho debajo del hábito, por miedo de que no caigan en manos de alguno.

Rodolfo. Le llevais ahora?

Roberto. (*Tirando un poco del hábito.*) Mírale.

Rodolfo. Dádmelas, dádmelas, padre mio.

Roberto. Con una condicion.

Rodolfo. Cuál?

Roberto. Prométeme que has de vivir para la Helvecia.

Rodolfo. Por la memoria de mi padre os lo juro.

Roberto. (*Entregándole el paquete.*) Lee.

Rodolfo. (*Leyendo.*) «Hijo mio, muero asesinado en un festin con cuatro parientes mios.» Pobre padre!—«Si eres un buen hijo, me vengarás.»—Oh! sí, padre mio, descansad en paz, os vengaré. «Los asesinos son mi hermano y mi primera muger, á quien he repudiado. No tengas piedad de ella, sobre todo; persíguela sin descan-

so, y cuando su muerte sea cierta é inevitable, entrégala la carta que va contenida en la tuya, y antes que pueda hablar dejala sin vida. Esta es mi voluntad; ahora quiero descubrirte tu nombre: esta carta te dará á reconocer por el hijo y heredero legítimo de Emma y de Gustavo de Suavia, emperador de Alemania.» (*Deteniendose.*) Gustavo de Suavia, mi padre!

Roberto. O Providencia!

Rodolfo. Su hijo y heredero legítimo!—No me engañaré!... seré en efecto á quien de derecho pertenece el imperio de Alemania!

Roberto. (*Postrándose ante él.*) Perdone mi soberano todo lo que he dicho á mi hijo adoptivo.

Rodolfo. (*Levantándole y abrazándole.*) Para vos no soy soberano, soy siempre un hijo respetuoso y obediente; nada ha de haber cambiado entre los dos. Pero no ha de ser lo mismo para los demas, por quien soy! quiero que empiecen pronto á respetar mi nombre. Temblad ahora, condes y barones, señores feudales que saqueais la comun patria en provecho vuestro; yo borraré con vuestra sangre el rastro de vuestras huellas. Ya no soy únicamente un pobre bastardo, armado caballero por el tirano para halagar á sus siervos, no soy el señor de la montaña, soy el poderoso rey de una gran nacion. Oh! yo os haré sentir el peso de mi brazo en los combates! Ya no soy Rodolfo el bastardo; me llamo Juan de Suavia. Juan de Suavia, el soldado rey; el hijo de Gustavo, y descendiente de Rodulfo. Ah! os juro, padre mio, que he de hacerlos ver que circula por mis venas sangre ilustre de emperadores.

Roberto. No pensarás ya en morir?

Rodolfo. Morir ahora! defendiendo mi corona, padre mio

Roberto. No hay que perder entonces un instante. Huid.

Rodolfo. Inmediatamente.

Roberto. (*Alejándose por la derecha.*) El cielo os proteja, príncipe. Sed clemente y magnánimo.

Rodolfo. Adios, padre mio. (*Vase Roberto.*) Mi espada.... (*La coge.*) la mano de un emperador te empuña ahora; defiéndele con bravura.... (*Abre el retrato.*) Ya estoy libre. (*Déjase ver Conrado á la entrada de la puerta con los brazos cruzados.*)

ESCENA IX.

RODOLFO. CONRADO.

Conrado. Aun no.

Rodolfo. Conrado!

Conrado. Me habias olvidado, segun parece?

Rodolfo. Sí; pero ahora me alegro de encontrarte, porque tengo ansia de sentir una espada contra la mia.

Conrado. Una espada?

Rodolfo. Ah! no esperabas verme delante de tí de esta forma, no es verdad? Pero ya que estoy armado como tú, y te tengo á mi alcance, quiero decirte que eres un caballero traidor, desleal y malnacido, indigno de estrechar la mano de un amigo; y que tu conducta merecia mas bien la mano del verdugo en tu cara, que la espada de un enemigo en tu pecho. Ahora, defiéndete.

Conrado. Aguarda; acabas de decirme lo que piensas de mí; ahora quiero yo decirte los motivos de todo lo que he hecho; he mandado cerrar todas las salidas y apostado gente en todas las puertas para asesinarte, porque eres el hijo de Rodolfo de Brouneig.

Rodolfo. (*Con ironía.*) Yo.

Conrado. Y yo soy el hijo de la emperatriz Emma.

Rodolfo. De la emperatriz Emma!

Conrado. Sí, ahora, en guardia.—

Rodolfo. Detente infeliz! (*Soltando su espada.*) Somos hermanos!

Conrado. Hermanos!

Rodolfo. (*Enseñándole la hoja de los evangelios.*) Mira. (*Miran los dos.*)

Conrado. "Asesinados... Emma... Gustavo..." ah! sí, ahora lo comprendo todo; es cierto; hermanos! hermanos! que es lo que he hecho?

Rodolfo. Desecha el temor; ambos destruiremos lo que hayas hecho tú solo.

Conrado. Sí, Rodolfo, tienes razon; reparemos ambos mis faltas. A tí me entrego cuerpo y alma desde este momento; seré tu hermano, tu amigo, tu compañero en los peligros y victorias. Aceptas lo que te propongo?

Rodolfo. Hermano mio! (*Le abraza.*) Ahora volemos á castigar al asesino de nuestro padre.

Conrado. Su asesino! Luego tú le conoces?

Rodolfo. Se llama Alberto de Austria.

Conrado. El emperador!

Rodolfo. El tirano.

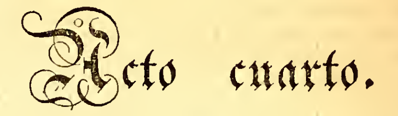
Conrado. Qué oigo? es él.... él, que hace poco me irritaba contra tí acusando á tu padre. No haya piedad, Rodolfo, perezcan al filo de la espada los viles asesinos de Gustavo de Suavia. Nuestro padre nos mira desde el cielo y nos pide la muerte del usurpador.

Rodolfo. Muera el tirano, pues. (*Cogiendo la espada.*)

Conrado. Venganza. (*Blandiendo la suya.*)







Acto cuarto.

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa una gran sala con dos puertas laterales y una al fondo. Una mesa espléndidamente servida, estará colocada en medio de la sala, y á su alrededor Leopoldo, Beringuer, Walter, Werner y caballeros.

ESCENA I.

LEOPOLDO. BERINGUER. &c. *Bailarinas italianas y francesas.*

(*Al levantarse el telon, danzan las bailarinas, y se oye dentro música, mezclada de cantos y carcajadas estrepitosas.*

Cantan. Bebamos y bailemos
en danza delirante!
las copas apuremos
con báquico furor.
Y pasen de la noche
las horas perezosas
en pláticas sabrosas
y cánticos de amor.

Verner. Decididamente estoy por la Francia.

Leopoldo. Yo por la Italia.

Verner. Vas descaminado, Leopoldo.

Leopoldo. Te equivocas. No es verdad que tengo razon, Valter?

Valter. No.

Beringuer. Sí.

Verner. Las francesas son silfides.

Leopoldo. Y las italianas ángeles.

Verner. Sí, ángeles rebeldes.

Beringuer. Yo voy á dar una sentencia, de la que no creo que nadie apelará. Las bailarinas francesas son mas graciosas, asi como las italianas son mas ardientes. Si me preguntan á cuales prefiero, responderé como hombre cuerdo; á todas.

Todos. Bien dicho!

Leopoldo. A la verdad que no podemos celebrar mas dignamente la muerte de nuestro mas terrible enemigo. A la muerte de Rodolfo, hermanos mios! y Dios haga que acaben como él todos los que como él nos estorben.

Todos. A su muerte!

Leopoldo. Bien ha merecido su desgracia el miserable! haber introducido el desasosiego en nuestra familia imperial.... voto á Dios, que no era cosa que podia perdonarse.

Beringuer. Por fortuna está ya destruido el encanto que sobre nosotros pesaba; porque á decir verdad....

Leopoldo. Brindemos por nuestra union: esta es la que constituye nuestra fuerza, y la que nos hará invencibles. Brindemos á nuestra union y á nuestra felicidad. (*Beben.*)

Beringuer. A nuestra felicidad! Acaso Rodolfo creia tambien en la suya!

Leopoldo. Y sientes que se haya engañado?

Beringuer. Al contrario, me alegro de que esto haya tenido un término tan poco á su sabor. No habiais notado, hermanos mios, impreso en la frente de ese hombre un no sé qué fatídico y misterioso?

Leopoldo. Pero qué cosa?

Beringuer. No sé; no es cosa que se puede esplicar, pero lo cierto es que yo no he visto nunca una espresion semejante.

Leopoldo. Por vida mia, que no parece sino que tienes miedo, Beringuer.

Beringuer. Miedo! afortunadamente para uno de los dos, eres mi hermano. Bebamos. (*Un page llena su copa.*) No es esta la sala donde se dió aquel festin horrible de que tantas veces nos han hablado?

Leopoldo. Sí; por qué lo dices?

Beringuer. No veis sangre en las paredes?

Leopoldo. Vete á acostar, Beringuer: estás soñando con los ojos abiertos.

Beringuer. No, ahora no es ilusion! no ois gritos en la plaza!

Leopoldo. Vamos! positivamente estás muy malo, Beringuer.

Beringuer. Yo os juro que estoy oyendo gritos espantosos! (*Sale un capitan de arqueros.*)

Leopoldo. Qué ruido es ese?

Capitan. Señores! están batiéndose las calles.

Leopoldo. Y por qué? cómo?

Capitan. El pueblo se ha sublevado. Parece que es cosa séria.

Leopoldo. Llevaos con vos los arqueros.

Beringuer. Y quieres que el castillo real de Sarnen quede sin guarnicion?

Leopoldo. Nosotros bastamos para defenderle. Marchad. (*Al capitan, que se va.*) Ahora, sigamos bebiendo.

Beringuer. Pero, y la sublevacion?....

Leopoldo. Qué nos importa eso? Bebamos.

Todos. Bebamos.

Un page. (*Sale.*) Señores! la ciudad está ardiendo.

Beringuer. Ya lo veis!

Leopoldo. Enhorabuena! qué es lo que te espanta? un motin! No te cuides de eso: cuando hayan quedado muertos en las calles algunos de esos bribones, todo quedará tranquilo. Te asusta el incendio? tal vez arderán algunas barracas de esos miserables montañeses, y luego se apagarán las llamas. Ea! resuene otra vez la sala con cantos de alegría! derramad ambar y aloe en los pebeteros, y que otra vez resuenen los instrumentos. Perfumes y armonía, vive Dios! y vosotras, bailad. (*Empiezan otra vez la música y baile. En este momento se abre la puerta del fondo: Verena, pálida y en el mayor desorden, aparece por ella y se coloca detras de la mesa. Todo queda sumergido en el mas profundo silencio.*)

Verena. Estábais aqui, señores! hace una hora que os busco por las calles ensangrentadas de la villa, y al fin vengo á encontraros noblemente ocupados en un festin. En cualquier parte hubiera presumido hallaros menos en es-

te sitio! Qué! cuando la tempestad de la revolucion ruge en las calles, vosotros estais aqui cantando alegremente! asi, con esa frialdad estúpida, mezclais el vapor de los vinos con el humo de los incendios! Ah! bien os conozco, bien revela esta horrible conducta la indiferencia de vuestros corazones. Qué rumor es ese que suena á nuestras puertas? la guerra civil; nada mas que la guerra civil! no os incomodeis por esto. Aprovechad el tiempo, y mientras los hombres se despedazan en las calles, ocupaos en pláticas de amor! bebed mientras la sangre corre! regocijaos en tanto que vuestros vasallos mueren. Dios sea loado! vosotros comprendeis bien la mision de vuestra vida. A esta soberbia fiesta solo falta un adorno esencial, y yo vengo á traérosle. (*Arrojando sobre la mesa el manto de Alberto.*) El manto ensangrentado de vuestro padre. Despertad! despertad!

Los cuatro. De nuestro padre!

Verena. Sí, señores. Durante vuestro alegre banquete habeis perdido á vuestro padre y la herencia de vuestro imperio. Esperad un instante mas y os quitarán la vida.

Leopoldo. Señora! decidnos el nombre del asesino.

Verena. Conrado.

Los cuatro. Conrado!

Leopoldo. Sabemos lo bastante para vengar á nuestro padre.

Verena. Le vengareis?

Todos. Lo juramos! á las armas!

Leopoldo. Esperad un momento. Juremos todos delante de la viuda del emperador, traerla el manto de su esposo teñido en la sangre del asesino, ó que este se le presente manchado en la nuestra.

Todos. Sí, sí!

Verena. Si cumplis fielmente vuestra promesa, volveremos á vernos vencedores en el palacio imperial, ó muertos, ante el trono de Dios.

ESCENA III.

LOS MISMOS, *menos* VERENA *y los caballeros que han ido saliendo de la sala al principio de la escena anterior. Luego* CONRADO *y* RODOLFO, *cada uno por una de las puertas laterales.*

Leopoldo. Estais prontos?

Todos. Sí. (*Salen Conrado y Rodolfo.*)

Beringuer. Conrado!

Leopoldo. Rodolfo! juntos los dos!

Rodolfo. Si, juntos los dos, á pesar de las asechanzas y de los ásesinos de vuestro padre: juntos como deben estarlo dos hermanos: juntos, porque hay un Dios en el cielo.

Conrado. Los dos hemos sublevado el pueblo, y hemos esterminado al tirano. Del mismo modo, venimos á esterminar á sus hijos.

Leopoldo. Nosotros ibamos á buscaros, asesinos! asi, debemos agradeceros que nos aborreis la mitad del camino.

Beringuer. Bajemos al patio del castillo.

Rodolfo. Nadie saldrá por esta puerta.

Conrado. Ninguno traspasará el umbral de la que yo guardo.

Beringüer. Sin embargo....

Conrado. Estais encerrados en esta sala, y ninguno escapará de ella.

Rodolfo. Aqui fue donde Gustavo de Suavia murió traidoramente asesinado por Alberto de Hausbourgo, y aqui tambien los hijos de Gustavo vengarán la muerte de su padre; lo ois?

Leopoldo. Si, y yo os digo que los hijos legítimos del emperador, aceptan el reto de los hijos bastardos de Suavia. Pero no quiero que creais nunca que habeis encerrado en esta sala á cuatro caballeros que sustentan sangre imperial. Aqui hay una puerta, de la cual no os habiais acordado.

Rodolfo y Conrado. Ah!

Leopoldo. Tranquilizaos! Tampoco nosotros demandamos refugio ni piedad! cerrad vuestras puertas, mientras nosotros hacemos lo mismo con la nuestra. Aqui, hermanos mios! (*Los cuatro hermanos derriban la mesa, cer-*

rando con ella el paso de la puerta del fondo. Conrado y Rodolfo, cierran cada uno la suya.)

Leopoldo. Ahora, esta sala es un sepulcro: resucite el que pueda.

Conrado. Padre mio! yo te ofrezco que serás vengado!

Leopoldo. Hermanos mios! acordaos de vuestra promesa. *(Leopoldo y Beringuer se avanzan hácia Conrado y Rodolfo en actitud de acometer. Entretanto, Werner y Valter, apoyados en sus espadas desnudas, permanecen en el fondo del teatro.)*

CUADRO SEGUNDO.

Interior de un templo en Sarnen. En el fondo, un altar adornado con toda la sencillez de los primitivos tiempos de la religion. Se oye á lo lejos rumor confuso de armas y doble de campanas, y en el interior de las capillas una salmodia fúnebre y pausada. Al traves de los vidrios de la ventana, se ven pasar multitud de hombres armados, y agitando en el aire las hachas encendidas.

Uno. Quién decís que ha muerto?

Otro. Zagheli! el valiente Zagheli!

Una muger. Qué felicidad! temí que fuese mi hermano.

Uno. Báh! ese Zagheli no era mas que un soldado.

Otro. Y qué, los soldados no son hombres como los demas?

Uno. *(Que entra herido.)* Hola! buena muger! vendadme esta herida para que pueda volver al combate.

Una muger. Se baten todavia?

Hombre. Sí, y de firme!

Muger. Dios mio!

Hombre. De qué os quejais? eh! callad, callad! esta es una compensacion para nosotros los pobres. Durante toda nuestra vida, se nos maltrata, se nos oprime y se nos roba: es necesario dejar á esos señores que nos beban toda nuestra sangre y sufrirlo sin chistar. En un dia de estos, ya es otra cosa: se toman represalias y á la verdad que salen mal librados. Hoy puede uno desafiar los calabozos y los patíbulos, y visto que la justicia ha perdido el plei-

to, voy tomando sangrienta venganza en cuantos nobles barones y soldados y caballeros encuentro al paso. Bien está: ahora, dejadme volver otra vez al combate. (*Vase. Sale un judio.*)

Uno. Mirad, mirad! un judio!

Otro. Qué buscas aquí, descreido?

Judío. Un asilo contra los que quieren asesinarme.

Voces. Fuera el judio!

ESCENA II.

LOS MISMOS *y* VERENA.

Verena. Asilo! asilo!

Pueblo. La emperatriz!

Verena. Sí, tambien á mí me quieren asesinar! qué les he hecho yo, Dios mio!

Una voz desde una ventana. Ulina, tu hijo ha muerto.

Ulina. Oís, señora, oís? mi hijo ha muerto! mi hijo ha muerto!

Verena. Os compadezco, porque tambien he sido madre.

Ulina. Sí, pero teneis una corona! Yo no tenia mas que un hijo, y ese le acabo de perder por vos y por vuestro esposo.

Una voz. Donde está el emperador?

Verena. Ha muerto.

Ulina. Tanto mejor! yo quisiera que hubierais muerto tambien vos y sus hijos!

Verena. Desgraciada!

Ulina. Haced que salga del templo la emperatriz: viene á buscar asilo y proteccion entre sus víctimas?

Verena. No, vengo á buscarle en la morada de Dios, que ni es del pueblo ni de los reyes.

Pueblo. Fuera! fuera!

ESCENA III.

DICHOS *y* ROBERTO.

Roberto. Silencio! respetad la desgracia: no insulteis ni maldigais. Las reinas son tambien mugeres: pueden llorar como vosotros, y como vosotros pueden perder á los que

aman. Dios solo es eterno y Todopoderoso! Rezad por los muertos! (*Las ventanas del fondo se iluminan con un resplandor estraordinario que no se estinguirá hasta la conclusion de la escena cuarta. Se ven pasar muchos hombres con hachas, que se supone van escoltando cuatro atahudes.*)

Verena. Cómo es que ahora nadie anuncia el nombre del que murió? cómo es que nadie le pregunta? qué significa este horrible silencio?

Roberto. Rezad! (*Acercándose á la ventana.*)

Verena. Por qué me mirais asi? Ah! La mano del angel esterminador ha pasado esta noche por esta mísera ciudad? Por misericordia, hablad, sacerdote.

Roberto. Rezad por los muertos. (*Vase.*)

ESCENA IV.

VERENA, EL JUDIO *y* EL PUEBLO *que se va dispersando hasta quedar sola la emperatriz.*

Verena. Se va sin contestarme! amigos mios, decidme quienes son los muertos! Oh! tambien huyen de mí sin responderme. Este es el cuarto! (*Asomándose.*) y siempre el mismo silencio! quién me diria sus nombres! (*Al judio.*) Vos me los direis, no es verdad? (*El judio se marcha silenciosamente.*) Tambien él! oh! es preciso que lo sepa; pero no me atrevo... no puedo... Ese silencio, ese doble fatídico de las campanas, ese cántico siniestro de los muertos, hielan mi sangre y hacen enmudecer los latidos de mi corazon. Pero es preciso salir de esta horrible incertidumbre.

ESCENA V.

VERENA *y* RODOLFO *que le sale al encuentro.*

Rodolfo. Deteneos, señora!

Verena. (*Retrocediendo.*) Rodolfo!

Rodolfo. Estais dispuesta á escucharme?

Verena. Rodolfo! qué significan esas miradas siniestras y esa voz amenazadora? qué pretendeis de mí?

Rodolfo. Quiero deciros lo que vos deseais saber.

Verena. Hablad, pues!... oh! me haceis temblar.

Rodolfo. Vengo á recordaros el juramento que hicieron los

hijos de Alberto sobre el manto de su padre. Juraron que os le traerian teñido en la sangre de sus matadores, ó de lo contrario, os lo entregarian manchado con la suya propia.

Verena. Callad! hombre implacable! yo no quiero oiros.

Rodolfo. Es preciso sin embargo, que me oigais.

Verena. No, dejadme aun dudar un instante, ahora que puedo todavia dudar, ya no quiero que me digais nada.

Rodolfo. Sabeis lo que es esto? (*Sacando de debajo de su capa el manto del emperador Alberto.*)

Verena. (*Volviendo el rostro á otro lado.*) No quiero verlo, no.

Rodolfo. Sabeis lo que es esto, señora?

Verena. (*Despues de haber vuelto lentamente la cabeza y viendo el manto.*) Ah! (*Cae desfallecida; un momento despues se incorpora rápidamente, y asiendo el manto con las dos manos, le mira con suma atencion.*) Sí, es el mismo; pero tal vez, pueden haberle perdido.

Rodolfo. No.

Verena. O acaso han faltado á su juramento?

Rodolfo. No; lo han cumplido valientemente.

Verena. Y Leopold?

Rodolfo. Ha muerto.

Verena. Y Valter?

Rodolfo. Ha muerto.

Verena. Todos!

Rodolfo. Todos.

Verena. Pero quién?... oh! dime, dime que no has sido tu quien ha esterminado mi familia.

Rodolfo. No puedo deciros eso.

Verena. Con que fue él! él á quien tanto amaba, á quien salvé la vida, á quien hubiera dado la mia! Y asi has cumplido tu juramento!

Rodolfo. Señora, yo he dado muerte á los hijos de Alberto, no por las ofensas que me han hecho, sino por los crímenes que han cometido. No es Rodolfo el que ha descargado sobre ellos el peso de su venganza; es el delegado del pueblo que ha destruido á los sostenedores de la tirania. No los ha herido mi rencor, sino mi justicia, y pues esta ha levantado ya su espada, es necesario que caiga sobre todos los culpables. Verena! un cuarto de hora os resta de vida: aprovechadlo bien, porque pasado este tér-

mino, no os queda mas esperanza, que la misericordia de Dios.

Verena. Yo!

Rodolfo. Vos misma.

Verena. Pero, qué delito he cometido para tanta crueldad?

Rodolfo. Decidme, cómo se llamaba el predecesor de Alberto?

Verena. Gustavo de Suavia.

Rodolfo. Y cómo murió Gustavo de Suavia?

Verena. Asesinado.

Rodolfo. Por quién?

Verena. Por mí.

Rodolfo. Comprendeis ahora por qué debeis morir?

Verena. No, porque ya os habia contado yo toda esa horrible historia.

Rodolfo. Sí, pero no me habias dicho que Gustavo era mi padre, y que yo era el emperador de Alemania.

Verena. Tu padre! Gustavo de Suavia tu padre!

Rodolfo. Ah! vosotros, los poderosos de la tierra, os figurais que los crímenes permanecen impunes, y que las cenizas de los muertos callan, y que despues de vertida la sangre, basta con desvanecer el rastro para seguridad del asesino! No, no, poderosos de la tierra! Dios se acuerda de lo que los hombres olvidan: Dios vela mientras los hombres duermen. Dios esconde bajo el sudario de las víctimas el fuego que ha de consumir á los verdugos. Verena! yo soy el hijo del emperador Gustavo: no olvideis esto y disponeos á morir.

Verena. Tanto mejor, Rodolfo, porque asi podré aborrecerte tanto como te he amado: asi podré maldecir en tí al autor de mis desdichas. Oh! vengadme, Dios mio.

Rodolfo. No hableis de venganza, señora! la venganza está á la puerta esperando su presa: el verdugo os reclama. Desde este momento no sois ya reina: vuestro castillo ha sido tomado, vuestro trono derribado y vuestros soldados vencidos: ya no hay para vos asilo ni esperanza. Estais sentenciada por el pueblo: sí, por el pueblo, que, como Dios, no olvida, y que castiga como Dios. Un cuarto de hora me resta que pasar á vuestro lado, y cumplido este término, vendrán á reclamar vuestra cabeza ó la mia. Si teneis que hacer oracion, apresuraos.

Verena. No tengo mas que una cosa que pedir á Dios, y es,

que asi como imitas á tu padre en vida, le imites tambien en la muerte. Ahora, llama al verdugo.

Rodolfo. Todavia no: tengo aun que cumplir un deber que me ha sido impuesto. Mi padre, pocos minutos antes de su muerte, escribió dos cartas, una para vos y otra para mí: en la mia me manda que os entregue la vuestra en el momento en que sin otra esperanza no os quede mas remedio que el de leer y morir. Tomad. (*Le da la carta.*)

Verena. Dios mio!

Rodolfo. (*Tomando una antorcha.*) Leed, señora.

Verena. A Verena.

Rodolfo. Escrito con su sangre.

Verena. (*Abriendo la carta.*) Me estremezco toda. (*Se oye fuera tumulto.*)

Rodolfo. Leed pronto, emperatriz, el pueblo está impaciente.

Verena. (*Leyendo.*) «Señora! los crímenes espantosos exi- «gen un castigo horrendo: desde el fondo del sepulcro, «cuyas puertas me abre un infame asesinato, os lego mi «venganza, horrible como vuestro delito.» Ah!

Rodolfo. Seguid! seguid!

Verena. «Yo tenia tres hijos, dos legítimos y el tercero bas- «tardo: no sé cuál será la suerte de este último.»

Rodolfo. Es mi hermano Conrado.

Verena. «De los otros dos, uno ha muerto en el incendio: «el otro se salvará, y á este encomiendo mi venganza. «Creeráse el hijo legítimo de Emma....

Rodolfo. Qué dice! qué dice!

Verena. Dejadme acabar. «Porque asi lo he escrito y fir- «mado con mi sangre; pero la verdad es que ha muerto.»

Rodolfo. (*Dejando caer la antorcha.*) Qué escucho!

Verena. Alumbradme! Ah! (*Se acerca á una lámpara y lee.*) «El que existe, el que van á librar del poder de mis asesinos, el que os matará, señora, es Juan de Suavia vuestro hijo.

Rodolfo. Yo, su hijo!

Verena. Su madre!

Rodolfo. Oh! desesperacion! no ois los rugidos del pueblo que hacen estremecer esa puerta?

Verena. No pienses en eso: olvídalo todo, y ven á mis brazos.

Rodolfo. Madre mia! (*Se arroja en sus brazos.*) Desdichado de mí! no veis que vienen? Madre! madre!

Verena. Déjalo! es la tempestad!

Rodolfo. Es el pueblo!

Verena. Pues bien, deja que bramen á un tiempo el pueblo y la tempestad: qué nos importa eso? Nosotros sabemos ya arrostrar la cólera de los huracanes! que hagan lo que quieran. La madre está en los brazos de su hijo, y esto la basta para ser dichosa.

Rodolfo. Morir tú! no, madre mia! no será asi; yo no quiero que tú mueras.

Verena. No has dicho ya que era imposible salvarme?

Rodolfo. No importa; es preciso que te salve. No conoces que es necesaria tu existencia para mi felicidad?

Verena. Oh! sí!

Rodolfo. Pero por dónde saldrás?

Verena. Por esta puerta?

Rodolfo. No: ahi está el pueblo que aguarda la hora fatal para venir á buscar su presa.

Verena. Y esta?

Rodolfo. La guarda tambien el pueblo y el inexorable bailío.

Verena. Y el altar?

Rodolfo. El altar! tienes razon: es un asilo para los reyes como para los villanos. Dios sea loado, que abre esta puerta á mi esperanza! Asilo, asilo!

Verena. Pero, y el pueblo?

Rodolfo. Yo estoy aqui para recibirle. Dios mio! amparad á mi madre!

Verena. Dios mio! salvad á mi hijo! (*Verena se arrodilla á los pies del altar, al lado de su hijo que estará de pie sobre la misma grada. Las puertas del templo se abren repentinamente, y el pueblo se precipita por ella.*)

ESCENA VI.

DICHOS. CONRADO. ROBERTO. EL BAILIO Y EL PUEBLO.

Pueblo. Muera Verena!

Conrado. Dónde está la emperatriz?

Rodolfo. En el altar.

Conrado. Que la arranquen de ese lugar sagrado.

Roberto. Deteneos! el altar es inviolable.

Conrado. Las leyes no conceden ningun asilo á los regicidas. (*El pueblo va á arrojarse sobre Verena.*)

Rodolfo. Amigos! me conoceis?

Pueblo. Sí.

Rodolfo. No soy yo el que os ha defendido ayer?

Pueblo. Sí.

Rodolfo. El que os ha dado hoy la libertad?

Pueblo. Sí.

Rodolfo. Y si os pidiese la vida de la emperatriz, me la concederiais?

Conrado. Verena está condenada por la ley y nada puede salvarla.

Pueblo. No, no! muera Verena!

Rodolfo. Pues bien! heridme á mí antes de llegar á ella: es mi madre.

Pueblo. (*Retrocediendo.*) Oh!

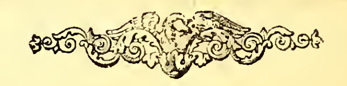
Rodolfo. Sí, amigos mios! sí, hermano! (*A Conrado.*) la madre de vuestro defensor, la madre de Juan de Suavia, emperador de Alemania.

Pueblo. (*Despues de un momento de indecision.*) Viva Verena!

Verena. Ah! (*Abrazando á su hijo.*)

Conrado. Yo tambien os perdono. (*Envainando su espada.*)

FIN DEL DRAMA.



DE

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 27—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 79 á 81)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

MADRID